

Tal proceder autorizaba y justificaba una venganza, cualesquiera que fuesen los medios que para alcanzarla adoptara mi despecho; y yo, resuelto á tomarla, no ocupe en otra cosa el pensamiento, durante aquella noche que me prestó siete largas horas para meditarla bien.

Por un instinto de antipatia, había yo rechazado hasta entónces la amistad de la Gobernadora, y evitado que me propusiera un acuerdo para aunar nuestras fuerzas en pro de nuestro común deseo. Pues bien; ahora era preciso buscarle; ahora que mi política, sin dejar de tener el mismo fin, exigía medios contrarios.

Antes el triunfo de Gavilán era mi salvación; pero desde aquella noche, mi salvación consistía en la derrota del abogado, que tambien sería la del nuevo general, que se quedaría, á todo rigor, tan coronel como el primer día. En cuanto á Miguel, derrotado Cabezado, era indudable que no querría insistir en un matrimonio *impolítico*.

Si va á decir verdad, confieso que la Gobernadora me pareció ménos antipática, y

XX

Una celada.

AMANECIÓ otro día que me sorprendió sobre mi catre, las ropas revueltas y las almohadas por el suelo. Tenía yo los ojos ardorosos, la cabeza mareada, y profundos surcos denunciaban en mis mejillas el insomnio de dos noches y las agitaciones de dos dias. Ya no era sólo la esperanza fallida lo que lastimaba mi corazón, sino tambien la buena fé burlada tan miserablemente por intrigas de mala ley á quienes servía mi candor sin advertirlo.

aun pensé que sus desapacibles tonos y su carácter feroz tenían una naturalidad que era casi graciosa y agradable. Iba á recibirme con gritos y pullas de punto muy alto; me lastimaría cuanto pudiera; pero yo procuraría permanecer sereno, dejaría pasar el primer chubasco, y despues, ya calmado, nos entenderíamos perfectamente. Yo tambien tenía en parte la culpa ¡no sabía reportarme ante ella! ¡no refrenaba mi genio naturalmente impetuoso y altanero! Pero ahora sí que lo haría con tanto modo, que Doña Eulalia iba á quedar encantada. Eso sí, de la primera andanada no escaparía yo!

En la oficina encontré ya reunidos á los tres hombres del Poder Ejecutivo, que hablaban con más calor y misterio que nunca. La palabra “mañana” llegó repetidas veces á mi oído, y tantas que hube de parar en ello la atención, procurando adivinar lo que para entonces se aplazaba; y el arrebató imprudente de Miguel, que no consentia media voz, sirvió para enterarme de lo que me importaba: al dia siguiente iba á darse el golpe.

¿Qué golpe era este? Desde luego presu-

mí que el que debía aplastar para siempre á Gavilán, y un contento indefinible me llenó el corazón, mientras en mi imaginación siempre viva veía yo rodar al famoso general desde su encumbrado puesto hasta las más profundas barrancas de su hacienda de San Bonifacio. Hice la cuenta de los diputados: con Don Mateo, Gavilán podía reunir seis votos; y aun esto era dudoso; mientras Vaqueril tenía de su parte por lo menos siete.

Puesto que mi objeto se reducía á que el Coronel y yo estuviésemos á un nivel, lo mismo me daba encumbrarme que abatir á Don Mateo.

Eché por este camino mis suposiciones, con el atrevimiento de costumbre, y no sé hasta donde llegaron, si no me hubiese interrumpido un criado que de parte de la Gobernadora llegó á llamarme con urgencia. Parecía que la señora adivinaba mi propósito de ir á visitarla, y no me hice esperar.

Al llegar á la puerta hice por vigésima vez el ánimo de sufrir impasible el chubasco que ya sentía sobre mi cabeza, y quedé lleno de asombro al ver que la Gobernador salía á mi

encuentro con la sonrisa en los labios y la mano extendida para estrechar la mía. Sonreía también del mismo modo Candelarita, y solo noté que Concha hizo al verme un gestecillo de repugnancia y enojo.

Carriles, aquel diputadejo de cinco cuartas, que había tenido siempre el buen juicio de apoyarse en Doña Eulalia para todas sus pretensiones, me saludó muy afectuosamente, y lo mismo hicieron otros dos amigos de la señora, que en la calle ni siquiera se dignaban mirarme.

El objeto de aquella reunión, en la cual solo Miguel faltaba, y otro amigo de la Gobernadora que no dilataría en llegar, era la celebración de un recuerdo feliz: el del día en que Candela había vestido de largo por vez primera. Feliz idea y justo motivo de regocijarse, según los presentes; pero que á mí me pareció pretexto para echar una cana al aire, inventado por Doña Eulalia, quien gustaba de vez en cuando de improvisar alegrías en el comedor.

Hubo que entretener el tiempo con conversaciones en que yo tenía poca parte, mientras

los otros dos convidados llegaban. ¿Quién era el segundo? Un antiguo amigo de la casa, que vivía desde años atrás metido en un poblacho distante, y que ahora pretendía venir á establecerse á la capital. La Gobernadora le aseguraba que le conseguiría de su esposo un empleo decente de todo en todo. Y bien lo merecía, porque era hombre de buen talento, vivo y astuto, y sobre todo excelente amigo y honrado á toda prueba. Vamos, que á todos se nos abrió el deseo de conocerle.

Me impacientaba no poder hablar desde luego con Doña Eulalia; pero supimos por ella que Vaqueril comería con Torvado, y consideré que después de la comida tendría yo sobrado tiempo y mejor ocasión para entenderme con ella.

La maligna señora me miraba á menudo dirigía luego luego la vista á su hija mayor, y ambas sonreían de un modo especial, que no me dejaba del todo tranquilo. Su semblante y el de Candelaria mostraban cierta frescura y despejo que sólo suele dar la alegría; su conversación era jovial y frecuentemente interrumpida por franca y natural

risa. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Porqué se impacientaban las señoras tan visiblemente por la tardanza de Miguel y el incógnito convidado?

Haciéndome estas y otras semejantes preguntas, fueron despertando en mi espíritu sospechas y temores tales, que al sonar en el corredor los pasos de Miguel me sobrecojí sin poderlo remediar. Y no bien hubo el jóven tomado asiento é informándose del motivo de la fiesta, cuidando de mostrarse más preocupado de lo que realmente estaba con los acontecimientos políticos, cuando Doña Eulalia, mirándome con inexplicable malicia me dijo:

—Muy cortado veo á Juanito; y la verdad que me llama la atención, pues es vivaracho y exaltado aun cuando sea para hablar del calor y del frío.

Por supuesto que Carriles y los otros dos convidados, encontraron justa y atinada la observación.

—Mosca muerta, dijo Candelaria mirándome de reojo con aire zalamero.

Todos echaron á reir, y yo, que no había

menester tanto para aturdirme, no logré concertar una frase medianamente racional.

—Por algo dice vd. eso, observó Carriles, bailando en su asiento como títere, y dirigiendo á Candelaria miradas zalameras.

—¿Por algo? No, señor; por mucho, contestó la muchacha.

—¡Oiga! exclamó uno.

—¿Conque así? preguntó otro.

Miguel, atento á lo que se decía, me miró con indiferencia, en tanto que yo, presintiendo algo muy desagradable, trataba de conjurar el peligro con forzadas sonrisas y palabras sin ilación.

—¡Si ustedes supieran! apuntó la gobernadora,

—Señora...dije yo acongojado; se ha propuesto vd. darme un mal rato?...

Una risa general acogió mi reproche. No había remedio: hablando la Gobernadora, todos tenían que aplaudir, así me diera á mi una fiebre, y por más que las palabras de Doña Eulalia fueran otras tantas majaderías vedadas por la buena crianza.

—Se pone colorado ¡mala señal!

—Quiere decir que la conciencia le acusa.

—No, Juanito, no se enoje vd., dijo la señora con implacable impertinencia; por el contrario envanezcase de haberse reido, ranchero y todo, de todos los pollos almibarados de la culta capital. Además, la muchacha es guapísima y merece la pena.

—¡Qué chasco les ha dado á los tenorios! exclamó Candela.

Y como los presentes estuvieran de acuerdo, todos los ojos se volvieron á Miguel, que se puso súbitamente pálido, tomando á poco un color encendido. Doña Eulalia comprendió que había llegado al punto que buscaba, y con la satisfacción del tigre hambriento que desgarrá á su presa, continuó:

—Vaya, hombre, no se enfade por esto, que es una bonita aventura. En medio de una revolución en que se peleaba sin cuartel, al saber que la novia estaba amenazada, correr en su auxilio y salvarla de sus enemigos entre las balas, desafiando la muerte; y luego tomarla en los brazos, montar á caballo

y correr con ella por campos y bosques, durante una noche y un día.

—¡Carambola!

—¡Eso parece novela!

—Pues es verdad.

—Señora, dije yo irritado y aturdido á la vez; eso no es cierto.

—Estamos entre amigos de confianza que guardarán el secreto, contestó ella riendo.

Negué con energía y corage, y ella afirmó con viveza, amenazándome con presentar pruebas irrecusables. Yo sudaba de congoja: me sentía sofocado por la ira, y revolviéndome en mi asiento, no me atrevía á mirar á la terrible Gobernadora. En tanto Carriles y sus compañeros habian reparado en el descompuesto semblante de Miguel, y temerosos de incurrir en su desafecto, no sabían qué decir ni qué hacer. Conchita se retiró á su cuarto; Candela reía nerviosamente, amagada ya del acostumbrado ataque, y Doña Eulalia, lanzando á Miguel miradas furtivas de reojo, no cesaba en sus imprudentes declaraciones.

—¿Qué les parece á vdes. el rancherito?

—Repito, señora, que eso no es cierto.

—Vamos, hombre ¿y porqué Don Mateo le aborrece, si no es porque vd. le enredó á la Cabezudita?

Al sonar este nombre, Carriles bajó la cabeza, huyendo el compromiso, y Miguel hizo un movimiento súbito que sin duda no pudo reprimir. La Gobernadora, atenta á todos los pormenores de la escena, y resuelta á llevar adelante su propósito de humillar á Miguel, se encaró con los tímidos, é interrumpiendo la enérgica protesta que yo hacía.

—¿Saben ustedes preguntó, cuántos y cuán distinguidos son los burlados?

Carriles tartamudeó una frase sin sentido, que le habría costado cara, si Miguel, rompiendo su silencio no hubiera hablado.

—Si cree vd. que yo soy uno de ellos, dijo con acento de cólera, se equivoca completamente.

—No he dicho tal cosa; pero . . .

—¡Mamá! gritó Candelaria espantada, y tratando de evitar un disgusto serio.

—No es posible que Miguelito . . . logró decir el diputado.

—De mí no se ha burlado nadie, dijo Miguel.

—Sin embargo, replicó la Gobernadora, vd. no ha sido indiferente á las gracias de esa niña . . .

—¡Mamá!

—Bien, dijo Carriles; pero Miguelito no llevó el chasco. ¡Ya me figuró que él, que es un poco calavera, como todos los jóvenes guapos y de talento . . .!

Y dejó adivinar en un gesto algo que no quiso decir, y que acabó de encenderme la sangre, cegándome por completo.

—¡Eso, eso! exclamaron los otros tímidos.

—Justamente, afirmó Miguel, encontrando en la calumnia su salvación.

—¿Deveras? preguntó Doña Eulalia con cierta malicia y como satisfecha de que Miguel hallara salida. Pero algo trató vd. de poner por obra, cuando cierta noche alcanzó un porrazo en la cabeza.

—¡Sí! exclamó Miguel con rabia, y mirándome con terribles ojos; pero alcancé también por mí mismo la prueba de que esa muchacha

no es más que una desgraciada, que aun como pasatiempo me mancharía.

Quise echarme sobre él y cerrar aquella boca de un puñetazo; pero al ponerme rápidamente en pié, Carriles, ágil como una ardilla, se colgó á mi brazo, con el cual le hice en seguida rodar por la alfombra.

Doña Eulalia y Candelarita gritaban; los dos convidados mudos trataban de detenerme, y Miguel parado frente á mí, me miraba como desafiándome.

—¡Es vd. un miserable, sin pudor ni vergüenza! exclamé.

—¡Salga vd. de aquí! gritó Doña Eulalia; y me señaló la puerta, imitando á las actrices que había visto en el teatro.

Quise contestar algo muy terrible á aquella maldita mujer; pero Carriles y socios me empujaron groseramente hacia el corredor, á tiempo que Miguel sujetaba entre sus brazos á Candelarita, que saltaba como epiléptica.

Salí de allí como si todo el infierno me persiguiera, y al pasar el zaguán, oí una voz melosa, que con tono de alegría me gritó:

—¡Juanito, hijo mio!

Por toda respuesta, descargué un cachete que resonó ruidosamente....

Era el convidado que se esperaba: Don Abundio Cañas.

¡El era el culpable!

XXI

La fiebre.

UN tino ni conciencia de haberle perdido tan rematadamente, no busqué ya en mi enloquecida imaginación manera de justificar á Remedios ni de desmentir las infames suposiciones que se hacían respecto de su conducta. Una sola idea dominó con absoluto imperio en mi voluntad y mi razón: matar á Miguel. ¿Para qué? No me hice tal pregunta, que puede contestar el asesino de oficio, mas nó el que va al crimen empujado por una pasión vehemente. ¿Cómo le mataría? De cualquiera manera, con tal que que-

dara bien muerto y que fuera cara á cara. Yo no tenía arma ninguna, pero ni siquiera reparé en ello, quizá porque estaba yo convertido en fiera, y las fieras no necesitan más instrumento que sus propias garras.

Voy á esperarle á la puerta de su casa, que al fin tarde ó temprano tiene que volver de la del Gobernador; pero me es imposible mantenerme en un lugar diez minutos. Voy por el camino que tiene que llevar para dirigirse á su casa; vuelvo al punto de partida, y cuando creo andar á paso lento, me resulta que recorrí el largo trecho en seis minutos, atropellando á los transeuntes y tropezando con frecuencia. Gasto en idas y venidas más de una hora, y me fatigo en vano, pues no encuentro á Miguel. Me acerco á la casa de Vaqueril, y aunque escucho atentamente, no oigo ningún ruido; la comida concluyó desde hace mucho rato y los convidados deben de haberse marchado ya. En efecto, al ver salir á un criado le pregunto por Miguel: se fué antes que ninguno hace más de media hora.

¡Torpe! Es claro que, estando preocupado con motivo de los acontecimientos que para

el siguiente día se preparan, debe de haberse ido á reunir con Vaqueril y Torvado en la casa de este. Pues voy allá. Espero media hora, subiendo y bajando por la calle, y nadie asoma. No puedo esperar más; llamo á la puerta, resuelto á enviar un recado al joven para obligarle á salir; pero mi deseo se frustra por segunda vez: el criado dice que el Sr. Labarca no ha llegado en todo el día.

¡Así pasó aquella tarde lenta y pesadamente, á medida que me invadía una como horrible fiebre, llena de pesadillas!

Sin duda la fatiga de aquel andar sin término me llevó instintivamente á mi casa después de entrada la noche; pues sin que en ello interviniese mi voluntad, me encaminé allá, y solo pude notar, cuando entrando en el patio, ví á Pepe que con una vela en la mano examinaba atentamente á un caballejo flaco y de mal aspecto, que sin mover pié ni mano se dejaba reconocer impasible.

—¿Qué le parece á vd. este animal? me preguntó mi amigo.

—Muy bueno, le contesté, dirigiéndome á mi cuarto.

—Más que de espuelas voy á necesitar de paciencia durante el viaje, dijo Pepe; pero eso no cuesta dinero. ¡Qué diantre! sobre más triste caballería se lanzó Don Quijote en busca de más peligrosas aventuras. Me voy pasado mañana.

No contesté una palabra, y me eché en el catre á descansar. Algunas horas permanecí inmóvil en la oscuridad, sin atender á la charla que poco después de mi llegada emprendieron Pepe y los escribientes, tal vez hablando del viaje del estudiantón, ó de lo que por las calles se decía ya de los graves sucesos que se anunciaban para el día siguiente.

Serían las diez cuando Clemente entró en mi cuarto apresuradamente, y acercándose á tuestas me dijo en voz baja:

—Le busca á vd. una mujer.

—¿Una mujer? pregunté, poniéndome en pié de un salto.

—Sí; está esperando en la calle.

Salí precipitadamente, y en el zaguán encontré á Pepa que entre asustada y llorosa me dijo:

—La niña está muy afligida y llena de miedo. . . .

—¿Qué sucede?

—El Sr. Labarca fué á casa esta tarde.

—¡Miguel! exclamé lleno de ira.

—Sí, señor; habló mucho con Don Mateo, se acaloraron y disputaron mucho, y cuando Don Miguel salió, el señor habló con la niña y la regañó y echó mil maldiciones. Le dijo lo que nunca le había dicho, y hasta creo que tenía ganas de pegarle.

—¡Pegarle á ella!

—Y todo porque el Sr. Labarca fué á decirle que ya no se casa con la niña, porque lo quiere á vd. desde San Martín, y Don Mateo dice que ya era asunto arreglado, y que vd. es un títere que no sirve para nada.

¡Miguel había encontrado el pretexto que sin duda buscaba para romper el compromiso!

—Don Mateo, continuó Pepa agitada, ha jurado que vá á mandar á la niña con su padre, pero lo que más la aflige es que ha ofrecido matarlo á vd.

—¡A mí!

—Dijo que esta noche misma vendría á

buscarlo, á la hora que saliera de no sé que junta á donde tenía que ir. La niña le manda rogar á vd. por el amor de Dios que no se quede en su casa esta noche. Que se esconda vd.

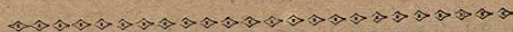
—Está bien; respondí maquinalmente.

—Le diré que se tranquilice, que va vd. á esconderse.

—Sí, dile lo que quieras.

Pepa se marchó, y yo volví á mi cuarto. En medio de la oscuridad, mi imaginación veía grotescas figuras que luchaban á muerte, abrazándose, retorciéndose, golpeándose hasta saltarse los sesos. Don Mateo, Miguel y yo nos encontrábamos frente á frente, con igual deseo de destruirnos y acabarnos; en los tres semblantes se veía pintado el encono, y las manos crispadas denunciaban la rabia de que estábamos poseídos. De pronto me arrojaba yo sobre uno de ellos y de un golpe le ensangrentaba horriblemente la cara; el otro me asestaba un puñetazo; pero agarrándole yo la garganta, daba con él en tierra, y apretando, apretando con extraordinaria fuerza y sin compasión ninguna, veía con fe-

roz satisfacción amaratarse, ennegrecerse el rostro de mi víctima. Acudía el primero al ataque, y entonces todos tres nos confundíamos, formando un solo cuerpo echo un nudo de miembros, primero agitados y convulsos, y después ceñidos y vigorosos, como serpiente que ahoga á su presa. Oía yo las respiraciones sofocadas y angustiosas que se dificultaban por la presión terrible de seis brazos nervudos, vigorizados por la sed de venganza. Algunos quejidos leves se escapaban al más débil de los tres, que iban haciéndose á cada instante ménos perceptibles; algún brazo cedía al cansancio ó al dolor, ó se rendía á la muerte; y sin embargo, yo apuraba el vigor de mis músculos de acero para ahogar sin lástima. Las respiraciones eran ya estertores de moribundo. Los oídos me zumbaban, cegaban mis ojos, mi cerebro se entorpecía... pero aun sentía yo la vida en el deseo implacable de matar!



XXII

¡Asesino!

NO hallé en aquel dormir el descanso que habían menester mis extenuados miembros, ni el reposo que necesitaba mi espíritu. Desperté al amanecer en medio de horrible pesadilla, cuyas sombras me parecía ver en los ángulos de mi cuarto aun después de abrir los ojos.

Sentí de pronto un malestar inexplicable sin recordar que durante veinticuatro horas no había tomado alimento ninguno; pero me bastó traer á la memoria los sucesos del día anterior, para que, haciéndome cargo otra vez